



El amor puede mucho



Ma Antonia Pérez García

Al principio de mi carrera docente conocí una familia especial y excepcional de 14 hijos. Por mí pasaron los dos últimos, pero eran una institución en el centro. Se les llamaba por el apellido con el artículo delante. Los dos chavales a los que di clase eran también excelentes alumnos, con una educación exquisita en cuanto a trato con los compañeros y los profesores. Eran muy populares, y el penúltimo fue delegado de clase (escogido por los otros alumnos).

Me contaban mis compañeros de entonces que los otros 12 habían sido estupendos también. Mi curiosidad era máxima por conocer a unos padres que educaban tan bien a nada menos que 14 criaturas. Por fin tuve el gusto, aunque no fue en una situación propicia: el pequeño, rubio y espabilado, se cayó en el recreo o hubo que llevarlo a urgencias. Fui con él al hospital, porque era una de las profesoras que cuidaba en ese momento el recreo. A pesar del dolor, el niño se había hecho un esguince serio, no se quejó en ningún momento del trayecto en taxi (y eso que contaba 7 años de edad). Mientras le reconocían (hace más de 30 años las urgencias no estaban saturadas como ahora), llegaron sus padres. Me agradecieron mucho el haber acompañado al niño, que respiró hondo cuando vio llegar a sus papás.

Yo a mi vez les felicité por lo valiente y educado que era su hijo, a pesar de la edad. "Sí, me dijeron, hemos tenido mucha suerte con nuestros hijos". "¿Suerte?", pensé yo: puedes tener mucha suerte con uno o dos, tres a lo sumo, pero con 14...



Una se daba cuenta, porque eso se percibe, de que en el trato de los padres entre sí, de los padres hacia los hijos y viceversa y de los hermanos entre ellos había algo especial que facilita todo, aunque fuera complicado el día a día: el amor, un amor familiar, filial, que a pesar de las estrecheces (me fui enterando de que solo trabajaba el padre en una fábrica, como operario) todos salían a flote y estaban contentos.

A muchas personas de edad avanzada este ejemplo familiar les sonará, incluso de sus propias vidas: antes las familias, sobre todo en la zona rural, eran muy numerosas y bien avenidas.

Estos alumnos llevaban la ropa muy limpia, oliendo a jabón, aunque con algún roto, pero nunca les faltaban los materiales escolares. Los padres valoraban mucho la escuela, y así se lo transmitieron a sus hijos, que además de estudiar y aprovechar las clases se implicaban en actividades del colegio y en la vida de éste. Los padres pertenecían al entonces APA y ayudaban en celebraciones del centro escolar.

Por su trato afable y agradecido, la puntualidad en traer y recoger a sus hijos, la participación y asistencia a reuniones de padres, creo que fueron muchos años un referente de familia en la escuela. Luego he conocido y sufrido de todo, incluidos casos de malos tratos de padres a hijos y de hijos a padres, y por descontado violencia verbal y física a los profesores, pero afortunadamente pocas situaciones extremas. También he sido testigo de desaparegos notables, incluso indiferencia, lo que me ha impactado mucho, porque nunca entendí cómo puede haber tan notable falta de cariño, al menos en el seno de algunas familias. Un niño puede superar unos pantalones con agujeros o unos cumpleaños escasos de regalos, pero lo que le costará superar mucho, si es que lo consigue, es la falta de amor de sus padres o su indiferencia, porque su desarrollo afectivo, social e incluso físico se verá comprometido.



ESCRITORES DE VILLAVERDE



El atardecer dibuja sombras alargadas en la Reserva Natural del África subsahariana. Me hago una visera con las manos. Ahí está, la jirafa blanca, la última superviviente de su especie.

Un sonido agudo rompe el silencio de la sabana. Una mancha roja en la piel nívea del animal. Un grito ahogado, el mío. Furtivos. El culatazo de un rifle. Mi cabeza se apaga.

Despierto de noche, sobre un jergón, en una cabaña iluminada por un candil. Tengo una mordaza y ataduras en pies y manos. Una mujer bantú, sentada en una banqueta, me da la espalda. Intento captar su atención con sonidos guturales. Me ignora. O quizá solo escuche los golpes de su martillo. Sobre una mesa de madera la mujer destroza huesos de albaricoque, de forma mecánica, como si trabajara en una fábrica, durante horas. Cuando mi cabeza

Huesos de albaricoque

está a punto de estallar se detiene. Camina hacia mí con el martillo. En su mirada hay rabia. Cierro los ojos en un acto reflejo: no ocurre nada. Cuando los abro la veo moler con un mortero los trozos de los huesos. Quiero que pare. No soporto más ese ruido incesante.

Me incorporo a duras penas sobre el jergón. Examinó el corte sangrante de mi brazo derecho: sobre él hay unos hilos finos, entretreídos. ¡Es una tela de araña! Observo el resto de mi cuerpo. Tengo telarañas en los pies, en el cuello, en los lóbulos de las orejas. Intento quitármelas de allí adonde llegan mis manos atadas.

—Don't do it! (¡No lo hagas!) —grita la mujer a la vez que aparta mis manos de mi cara—. La telaraña es antiséptica —continúa en mi idioma—. Tiene propiedades bactericidas y fungicidas, muy útiles para las heridas. Eres bióloga, deberías saberlo.

—No lo soy, soy veterinaria —le responde mi mente, pues sigo amordazada. La mujer suspira.

—Duérmete de una vez, Helen —me dice antes de darme de nuevo la espalda. Me vence el sueño a pesar del constante repiqueteo del martillo.

Me despierta un olor a muerte, y a carne quemada. Es de día, y en el suelo brilla la lechosa piel de la jirafa. Los mosquitos revolotean sobre los desperdicios de sus entrañas. La bantú arroja el polvo de los huesos a una olla hirviendo. Remueve el contenido y después me quita la mordaza y me desata.

—Ayúdame a escapar —le suplico. No contesta. Me trae un cuenco con agua y unos albaricoques antes de reanudar la molienda.

Me vuelve loca el estruendo del martillo sobre el hueso. Agarro a la bantú por el cuello e intento estrangularla. Ella me golpea con la herramienta. Me tambaleo. Antes de desmayarme la oigo, una vez más, triturar los huesos.

Estoy sola en la cabaña cuando recobro el conocimiento. Corro hacia la puerta. La abro y veo a la bantú con la cabeza abierta.

—Me he equivocado —susurra—. Debería haberte dejado escapar. Así habrías sido tú la muerta. Ahora serás la cocinera —dice cayendo de rodillas al suelo—. No dejes de moler. —Sus ojos desorbitados se clavan en los míos.

—¿Por qué? —le pregunto. Sonríe como respuesta, mientras un hilillo de sangre escapa de la comisura de sus labios.

—Soy bióloga, y botánica. Trabajaba en la Reserva. Te enviaron para sustituirme cuando desaparecí —aclara con voz entrecortada—. Necesitarás cien huesos, Helen. Menos de esa cantidad no los matará. Solo les causará dolor de estómago y de cabeza, vómitos y diarrea. Piensan, por suerte para ti, que los ha intoxicado la carne de jirafa. Nunca antes habían probado la blanca. Pero han sido los huesos de albaricoque. Las semillas de su interior liberan cianuro si se machacan.

La mujer bantú cierra los ojos para siempre. Le quito el vestido antes de enterrarla donde crecen los albaricoques silvestres. Regreso a la cabaña, me siento en la banqueta y aplasto huesos hasta que la sangre brota de mis dedos.

Villaverde celebró el Día de Andalucía

GENTE DE VILLAVERDE

Desde la Asociación Sociocultural Gente de Villaverde y la Escuela de Danza Española y Flamenca Alberto Alonso (Nemomarlín) celebramos el pasado 18 de febrero nuestro tradicional Día de Andalucía en el Centro Cultural Santa Petronila. Ya van ocho ediciones en las que hemos homenajeado a nuestros vecinos y vecinas con espectáculos de danza española y flamenca, y como novedad este año hemos contado con un coro rociero de Villaverde Alto, pues cada año queremos superarnos para demostrar que la cultura es una pieza clave en nuestro distrito y hacer posible que nuestras alumnas y alumnos puedan disfrutar del baile.



Queremos agradecer tanto a la dirección del Centro Cultural Santa Petronila como al personal el recibimiento que nos brindaron desde el minuto cero, y también a la Junta Municipal de Villaverde, al igual que a nuestros colaboradores: Asociación de Personas con Discapacidad Física de Villaverde (AMIFIVI) y al proyecto cultural del municipio vecino de Leganés Visitas Teatralizadas por Leganés.

Escritores de Villaverde
DONDE NACE LA PASION



RECOMENDACIONES MES DE MARZO

SÍGUENOS TAMBIÉN EN INSTAGRAM

CONÓCENOS
Blog de artes literarias

